PANAMA CIUDAD

Vista aérea de Panamá. Al fondo, entre la lengua de tierra y las montañas, la entrada del Pacífico del Canal.

Pueden contrastar con las típicas calles de la parte antigua estas otras, ajetreadas por el moderno tráfico.

Las calles panameñas

Por MANUEL DE HEREDIA

CUANDO uno contempla el mapa de Panamá y se encuentra precisamente en Panamá, le entran ganas de asomarse al balcón de este puente del mundo.

Y no nos explicamos la permanencia nuestra en un puente.

Ni el Pacífico ni el Atlántico se diferencian en Panamá ni se distinguen desde el puente.

Dicen que uno de estos mares rumorea en inglés, en japonés y en malayo. El otro masculla el español, a la buena de Dios. Entre los dos se forma un ruido de atracción y la fantasía le presta el encanto de un idioma de silencios: el lenguaje de las adivinanzas.

Y así son las calles panameñas: puentes, que a un lado tienen lo exótico y al otro lo confuso. Pero marcha a gusto el carácter y atrae el misterio de los distintos mares humanos, que van y vienen, se juntan y se separan, a cada hora y a cada momento.

Panamá tiene una topografía vieja y otra nueva, como todas las ciudades del mundo. Sólo que aquí la topografía está a la vista y escrita en colores de hombres.

La India, la China, Turquía, Inglaterra, Nor-

Las esbeltas torres de la catedral panameña, joya de su variada arquitectura.

El templo de San José conserva esta maravilla de retablo, llamado «altar de oro».

Este es el bello monumento a Vasco Núñez de Balboa, descubridor del Pacífico.

teamérica, por supuesto; aguas que pasan por debajo de España, materia indestructible del puente y corazón del universo.

Corazón del universo es Panamá. Hay tantos corazones sueltos, que por instinto se juntan, se aprietan y amansan para ser uno solo. Y sucede que Panamá late al unísono con ritmo de lucha, con monotonía de entendimiento.

Las calles panameñas son negras, azules y rojas. Por entre medias va lo blanco, que domina en el calidoscopio de la poesía. Y se oye cantar en inglés, en español y en hindú.

La vieja topografía es estrecha, intrincada, laberíntica. Se adorna con letreros de gracia infantil, vestidos de colores también. Canta a través del *juke-box*, que asoma sus ruidos por las tenebrosas cantinas, que se suceden y semejan secretos del demonio con puertas cerradas, fácilde una permanente lotería, a la que llaman *chance* mente practicables, y se alegra con la esperanza (oportunidad).

Por entre una y otra topografías, siempre el dinamismo, el interés, la atracción de caras de mujer, dulces y armoniosas, de líneas de trópico y trajes de Europa.

Por entre una y otra topografías, la vida misma del puente, por el cual transita a diario una multitud que jamás desaparece en Panamá a toda hora y en todo momento.

Las calles panameñas, maderas de puente, con rumor de aguas distintas, poseen la unidad de su encanto y atracción. Y no se encuentra nadie de paso porque o nos detiene definitivamente el Pacífico para que nos hagamos cargo de que es ciertamente el océano Pacífico o nos llama—con voz conocida—la mar atlántica para que no la olvidemos.

Piscina y Club Cabaña del hotel El Panamá, considerado como uno de los mejores de América.

Entre las ruinas de la ciudad se levantan todavía las de la vieja catedral.

El edificio de la Caja de Ahorros, que está situado en la Avenida Central.

Tras las casi uniformes palmeras, el sobrio edificio de la Embajada de España.

Y siempre los palmerales haciendo guardia en estos incomparables paseos.

La arquitectura colonial ha dejado esta lección de arcadas y balconajes, de un pintoresco trazado.

Y de una armoniosa conjunción de líneas arquitectónicas, esta Estación Central de los Ferrocarriles.